

Enseñanza de las Humanidades en la Universidad

Los pensamientos de Martha Nussbaum en *Not for profit*¹ han hecho bastante populares dos ideas en la reflexión sobre la educación contemporánea: Uno, las Humanidades están en crisis. Dos, la sociedad democrática occidental está destinada a la decadencia si no supera esta crisis.

Según la autora, que habla sobre todo a la academia estadounidense, las Humanidades están en crisis porque la preocupación de la sociedad está puesta en el lucro. La sociedad centrada en el progreso económico necesita hombres cada vez más preparados para afrontar las necesidades de la industria. Por ello, las universidades dedican cada vez menos tiempo a enseñar artes liberales² y se enfocan cada vez más en las demandas del mercado.

Las Humanidades están en crisis porque cada vez se entiende menos su rol en la formación y, por tanto, tenderían poco a poco a desaparecer. Sin embargo, Nussbaum considera que esa tendencia es un caballo de Troya. Al aceptar la intrusión de un espíritu mercantilista en la educación³, la sociedad democrática se está condenando al

1 Martha C. Nussbaum, *Not for profit: Why democracy needs the humanities*, Princeton University Press, New Jersey 2017.

2 Usamos *Humanidades* y *Artes liberales* como sinónimos, aunque los términos provengan de distintas tradiciones culturales.

3 Hoevel piensa que este proceso es una novedad en la historia de la Universidad y afecta también otros campos de la cultura antiguamente dedicados a la expresión de la profundidad del espíritu humano. «Tal como viene ocurriendo con el cine, las editoriales, los grandes museos y otras actividades culturales —las cuales han ido adquiriendo formas de organización empresarial, constituyendo el sector de la economía de las llamadas “industrias culturales” (Adorno, 1991)—, los propulsores de la industria académica buscan transformar totalmente la definición de los objetivos, la organización y la evaluación de la docencia y la investigación académicas, mediando la aplicación, por la vía de la acción estatal y/o privada, de criterios gerenciales y de mercado» (Carlos Hoevel en Miguel Giusti, *El conflicto de las facultades. Sobre las universidades y el sentido de las Humanidades*, Anthropos, Barcelona 2019, p. 227).

caos, a la corrupción y a la violencia. Según ella, la formación humanista da a los ciudadanos la base que permite la convivencia en sociedad, es decir, una visión crítica de la realidad que hace a los hombres capaces de elegir con responsabilidad el bien común.

Estas dos ideas son quizá un diagnóstico bastante acertado del estado actual de la enseñanza de las Humanidades en la Universidad. Por un lado, se malinterpreta su lugar en la formación universitaria y se creen cada vez menos importantes. Por otro, paradójicamente, se reclaman como la solución a los continuos problemas éticos que se manifiestan en la cultura, economía y política de la sociedad contemporánea.

Sin embargo, a pesar de lo acertado del diagnóstico de Nussbaum, desde nuestra perspectiva el problema necesita ir más allá de lo político y ponerse en el plano antropológico del que parece nacer realmente.

La dinámica contradictoria que provoca el concomitante rechazo y reclamo de las Humanidades dan a la *Idea de Universidad* de Newman un carácter profético. Un centenar de años atrás, el cardenal inglés comprendió que la concepción utilitarista de la Universidad contemporánea tendería a excluir poco a poco los saberes de carácter más arduo y contemplativo. Por ello, trató de actualizar el ideal originario de la Universidad: enseñar un saber holístico que contemple la amplitud y profundidad de la realidad en todos sus estratos, destacando la centralidad de la persona humana en la creación. Además, luchó por mostrar el reduccionismo que implica asumir el ideal universitario utilitarista que deja por fuera de la enseñanza saberes como la teología, la literatura, la historia o las bellas artes. Saberes todos que manifiestan la centralidad de la persona humana y ennoblecen su espíritu, pero que a la industria le resultan aparentemente inútiles.

Newman estaba convencido de que parte de esta contradicción estaba en intentar medir las artes liberales a partir de criterios utilitarios. Aunque, pensaba también, que las Humanidades tienen un alcance sumamente útil. En sus palabras:

«La persona que ha aprendido a pensar y a razonar, a comparar, distinguir y analizar, que ha refinado su gusto, formado su juicio, y enriquecido su visión mental no se convertirá inmediatamente en un abogado, o un orador, o un estadista, un médico, un buen terrateniente, un hombre de negocios,

un soldado, un ingeniero, un químico, un geólogo, un historiador, pero alcanzará una situación intelectual que le permitirá desempeñar alguna de esas ciencias o profesiones, o cualquier otra para la que posea inclinación o especial talento, con una facilidad, gracia, versatilidad y éxito para los que otro será un extraño. En este sentido, la cultura intelectual es enfáticamente útil»⁴.

La distinción entre lo bueno en sí mismo y el bien útil marca el mismísimo objetivo de la Universidad. ¿Se trata de formar hombres cada vez más especializados para realizar funciones en la sociedad o de formar una comunidad de personas libres capaces de buscar la verdad abriéndose a contemplar la realidad en toda su amplitud?

Seguramente, el desafío de la Universidad actual se juega en la unión de ambos bienes. La Universidad intenta formar personas que busquen la verdad con honestidad y que orienten su vida según el bien al que tiende la intencionalidad de su voluntad⁵. Pero, al mismo tiempo, pretende profesionales competentes capaces de responder a los desafíos de los propios tiempos. El reto en este punto, como piensa Guardini, es lograr que los profesionales entiendan su oficio como un servicio y no como un modo de ganar dinero o alcanzar una posición administrativa⁶.

No obstante, no es suficiente pensar que la Universidad persigue diversidad de bienes. Es importante entender cómo se relacionan entre ellos. En este punto, quizá muchos solemos equivocarnos. Las Humanidades no deben verse como un injerto que hacen mejores las plantas de las ciencias, aunque naturalmente esta mejora suceda. Tampoco son dos plantas separadas que se alimentan mutuamente. Las Humanidades más bien se relacionan con las ciencias como el tallo a las ramas. De ellas brota la cosmovisión con la que se aprecia el mundo y de la que, poniendo al centro lo esencial de la persona, brota el buen ejercicio del quehacer profesional.

Esta relación será así mientras el hombre sea hombre, pues las preguntas que abordan las Humanidades son aquellas fundamentales de la existencia. Por ello, reclamarán siempre su lugar de manera espon-

4 John H. Newman, *Discursos sobre el fin y la naturaleza de la educación universitaria*, EUNSA, Pamplona 2011, p. 177.

5 «Si la universidad renuncia a esta tarea, pierde entonces su sentido y se transforma en una escuela profesional, la cual es ciertamente importante, pero en última instancia inesencial» (Romano Guardini, *Tres escritos sobre la universidad*, EUNSA, Pamplona 2012, p. 19).

6 Véase allí mismo, p. 30.

tánea. No necesitan una defensa. La crisis que produce su abandono se repetirá una y otra vez en cualquier tiempo o lugar, sistema político o económico. Por ello, es función de la Universidad ser el lugar en donde la persona «se pregunta por el sentido de la realidad, de los cambios sociales, de la creación artística, de los descubrimientos científicos o de los avances tecnológicos. Por eso está enfocada hacia la persona, porque es la persona la que se hace estas preguntas, y es la persona la que ha de seguir siempre buscando las respuestas más adecuadas a las mismas»⁷.

Conscientes, sin embargo, de que la Universidad debe hacer un esfuerzo por continuar con la reflexión sobre su esencia y su misión, quisimos dedicar el presente volumen de la revista *Persona y Cultura* a la reflexión sobre la importancia de algunos saberes de las Humanidades en la Universidad. En primer lugar, la teología a partir de la que se adquiere una visión de la realidad y que invita a trascender cualquier visión materialista o reduccionista del hombre. En segundo lugar, la poesía. En ella, el hombre descubre el valor de la analogía y de la metáfora para desentrañar la profundidad de la realidad.

El número incluye además un artículo del Dr. Juan Arana, quien reflexiona sobre el cambio de paradigmas que ha representado el alejamiento de la racionalidad científica de la fe. Además, cuenta con la entrevista al Dr. Michael Naughton, empresario y director del *Catholic Studies Center* de la Universidad de Saint Thomas (Saint Paul, Minnesota) quien comenta el papel de las Humanidades en relación con la empresa y analiza el rol que tendrán en el futuro tecnológico que se nos aproxima. Por último, cuenta con la reseña al libro *La ruta del encuentro* de José Ángel Agejas. Un libro que a partir del análisis del asombro trata de reproponer el modo de comprender la relación entre las Humanidades y las ciencias.

Todos estos artículos pretenden ser un incentivo a que la Universidad siga pensando: ¿cómo lograr una sana integración entre Humanidades y ciencias profesionales en el mundo actual?; ¿cómo no caer en la tentación de hacer funcionales las Humanidades a las ciencias empíricas?; ¿cómo hacer efectiva la pregunta sobre la centralidad de la persona humana en la cultura, en la filosofía, en el uso del método científico, en la ciencia experimental o en el uso de la tecnología?; ¿cómo repensar las ciencias empíricas con una lógica más humanista

⁷ José Ángel Agejas y Salvador Antuñano, *Universidad y Persona: Una tradición renovada*, EUNSA, Pamplona 2019, p. 91.

y menos mercantil?; ¿cómo tener tiempo para pensar las preguntas fundamentales de la existencia humana en medio del vértigo competitivo que proponen las profesiones? Y que, además, permitan que la Universidad no renuncie ni rechace nunca la misión de buscadora de la verdad que la abre a un sentido que no proviene meramente de sí misma. Es el fondo de las palabras que Benedicto XVI intentó pronunciar en la Universidad La Sapienza de Roma:

«Nunca puede decirse que el camino del hombre se haya completado del todo y que el peligro de caer en la inhumanidad haya quedado totalmente descartado, como vemos en el panorama de la historia actual. Hoy, el peligro del mundo occidental —por hablar sólo de éste— es que el hombre, precisamente teniendo en cuenta la grandeza de su saber y de su poder, se rinda ante la cuestión de la verdad. Y eso significa al mismo tiempo que la razón, al final, se doblega ante la presión de los intereses y ante el atractivo de la utilidad, y se ve forzada a reconocerla como criterio último. Dicho desde el punto de vista de la estructura de la universidad: existe el peligro de que la filosofía, al no sentirse ya capaz de cumplir su verdadera tarea, degenera en positivismo; que la teología, con su mensaje dirigido a la razón, quede confinada a la esfera privada de un grupo más o menos grande. Sin embargo, si la razón, celosa de su presunta pureza, se hace sorda al gran mensaje que le viene de la fe cristiana y de su sabiduría, se seca como un árbol cuyas raíces no reciben ya las aguas que le dan vida. Pierde la valentía por la verdad y así no se hace más grande, sino más pequeña»⁸.

⁸ Benedicto XVI, *Discurso de Benedicto XVI para el encuentro con la Universidad La Sapiencia de Roma*, Libreria Editrice Vaticana, Roma 2008.